

UN HOMBRE sueña despierto

«Una novela sobre
el Holocausto
como ninguna otra».

The Guardian

LAVIE TIDHAR

En el campo de concentración más infame de la historia, un hombre sueña despierto. Se llama Shomer, y antes de la guerra era escritor de novelas *pulp*. Ahora, para escapar de la brutal realidad de su vida en Auschwitz, pasa sus noches imaginando otro mundo, uno en el que un exdictador llamado Wolf lleva una vida miserable como detective en Londres.

Como toda buena novela negra, la trama comienza en la oficina cutre del detective con la visita de una mujer fatal que requiere de sus servicios. Aquí empieza la caída libre del personaje en un proceso de humillación, destrucción y transformación. Tras todo tipo de vejaciones, Wolf, Adolf Hitler, acabará transformado en judío, en humano.

El modo en que al final se entrelazan ficción y realidad es sobrecogedor. Una novela fantástica, de ritmo trepidante y muy divertida. Un homenaje inolvidable al poder de la imaginación.

Índice de contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Notas históricas](#)

[Notas finales](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)

«Él estaba más allá del bien y del mal,
y entró en un extraño paisaje en el que nada
era lo que parecía y donde se habían invertido
todos los valores humanos comunes».

Robert Payne,
The Life and Death of Adolf Hitler

«Clichés, frases hechas, adhesiones a lo convencional,
códigos estandarizados de conducta y de expresión,
cumplen la función socialmente reconocida
de protegernos de la realidad».

Hannah Arendt,
*Eichmann en Jerusalen:
un estudio sobre la banalidad del mal*

En otro lugar y otro tiempo, un hombre está soñando.

1

Extracto del diario de Wolf. 1 de noviembre de 1939

Ella tenía el rostro de una judía inteligente.

Abrió la puerta de mi despacho y se quedó parada en el umbral, aunque en ella no se veía ni el más mínimo asomo de duda. Daba la impresión de no haber dudado ni un segundo en toda su vida. Tenía el pelo largo y negro, las piernas largas y blancas y, a pesar del frío, llevaba un vestido de verano con un abrigo de pieles encima. En la mano, un bolso. Estaba decorado con unas cuentas cosidas a mano que formaban la imagen de un sinsonte. Era francés y caro. Recorrió con la mirada mi despacho, fijándose en la pequeña ventana sucia que nunca limpiaba nadie, el viejo colgador de pino para los sombreros al que se le estaba descascarillando el barniz, el cuadro de la pared, la única estantería y la mesa con la máquina de escribir. No había mucho más que mirar. Después sus ojos se posaron en mí.

Eran grises.

—¿Usted es *Herr Wolf*, el detective? —preguntó.

Hablaba alemán con acento de Berlín.

—Eso pone en la puerta —respondí.

La miré de arriba abajo. Era como un vaso alto de leche blanquísima.

—Me llamo Isabella Rubinstein.

Cuando se fijó mejor en mí, sus ojos cambiaron. Yo había visto esa mirada antes. En sus ojos aparecieron unas nubes que se cernían sobre un mar gris. Duda, como si estuviera intentando ubicarme.

—Le ahorraré la molestia —dije—. Yo no soy nadie.

Ella me sonrió.

—Todo el mundo es alguien.

—Y no trabajo para judíos.

Las nubes se arremolinaron en esos ojos y se quedaron ahí instaladas, pero permaneció serena, muy tranquila. Hizo un gesto con la mano que abarcaba toda la habitación.

—Me parece que no tiene elección, en realidad —aseguró.

—Si tengo elección o no, es asunto mío —respondí.

Metió la mano en el bolso y sacó un fajo enrollado de billetes de diez chelines. Lo sostuvo frente a mí durante unos minutos que fueron pasando muy despacio.

—¿De qué se trata? —quise saber al final.

En ese momento la odié, y ese odio me dio que pensar.

—Mi hermana —aclaró—. Ha desaparecido.

Tenía dos sillas para las visitas. Ella retiró una y se sentó, cruzando las piernas. Seguía sujetando los billetes entre los dedos. No llevaba anillos.

—Mucha gente desaparece en estos tiempos —comenté—. Si está en Alemania, no voy a poder ayudarla.

—No —negó, y esta vez había tensión en su voz—. Salió de Alemania. *Herr Wolf*, deje que se lo explique. Mi familia tiene mucho dinero. Tras la Caída nos confiscaron todas nuestras propiedades, pero mi padre todavía tenía amigos, algunos incluso dentro del Partido, y gracias a eso logró transferir la mayor parte del capital a Londres. Tanto mi madre como yo pudimos salir del país legalmente y mis tíos han continuado con las operaciones continentales de la familia desde París. Solo se quedó allí mi hermana. Es joven, más pequeña que yo. Al principio la sedujo esa ideología; se unió a Juventud Socialista Libre antes de la Caída. Mi padre se puso furioso. Pero yo sabía que no le duraría. —Levantó la vista para mirarme con una media sonrisa—. A Judith nunca le duran las cosas, ¿sabe?

Lo único que yo sabía en ese momento era que ella tenía muchos billetes entre esos dedos largos y delgados. Estaba haciendo girar el fajo sin darse cuenta. Yo ya había estado sin blanca antes y la pobreza me había hecho más fuerte, pero eso formaba parte de mi vida anterior. Ahora todo era diferente, y pasar hambre se me hacía mucho más difícil.

—Y ustedes le buscaron una manera de escapar —concluí yo.

—Mi padre —corrigió—. Conocía a gente que podía sacar personas clandestinamente.

—No es fácil.

—No, nada fácil. Ni barato tampoco. —Otra vez esa media sonrisa, pero ahora solo duró un momento; al siguiente había desaparecido.

—¿Y hace cuánto fue eso?

—Hace un mes. Se suponía que tenía que llegar aquí hace tres semanas. Pero nunca apareció.

—¿Sabe quiénes son esos hombres? ¿Son de confianza?

—Mi padre los conocía. Y confiaba en ellos, si es que se puede decir que él confía en alguien.

De repente me asaltó un recuerdo.

—¿Su padre es Julius Rubinstein? ¿El banquero?

—Sí.

Recordé el perfil que le habían hecho en el *Daily Mail*. Uno de esos gánsteres judíos que antes de la Caída se hizo rico y engordó a costa de la sangre de los trabajadores alemanes. Los de su calaña siempre sobreviven; como las ratas que abandonan el barco, huyeron de Alemania, se establecieron de nuevo en otra parte y se agruparon formando colonias infectadas. Decían que ese hombre era tan implacable como un Rothschild.

—No es un hombre al que convenga enfadar —comenté.

—No.

—Su hermana... ¿Judith? La podrían haber capturado los comunistas.

Ella negó con la cabeza.

—Nos habríamos enterado.

—¿Cree que llegó hasta Londres?

—No lo sé. Necesito encontrarla. *Tengo que encontrarla, Herr Wolf.*

Puso el fajo enrollado en mi mesa. Yo lo dejé ahí, aunque siempre que miraba adonde estaba ella, los billetes quedaban justo en el centro de mi campo de visión. Los judíos son todos unos avariciosos y hasta a la guerra son capaces de sacarle partido en su beneficio. Tal vez ella lo vio en mis ojos. Tal vez estaba desesperada.

—¿Y por qué yo?

—Porque los hombres que la sacaron y la trajeron aquí son antiguos compañeros suyos.

No había nada en el fondo de sus ojos, nada más que nubes grises. Y me di cuenta de que había juzgado mal a *Fräulein* Isabella Rubinstein. Había una razón para que me hubiera elegido a mí, después de todo.

—Yo ya no tengo ningún contacto con mis compañeros —aclaré—. Las cosas del pasado deben quedarse en el pasado.

—Usted ha cambiado. —Lo dijo con curiosidad.

—No me conoce —contesté—. No se atreva a pensar que sabe cómo soy.

Ella se encogió de hombros, indiferente. Metió la mano en su bolso otra vez y sacó una pitillera y un mechero de oro. Abrió la pitillera con dedos hábiles, cogió un cigarrillo y se lo puso entre los labios. Después me la tendió, abierta. Negué con la cabeza.

—No fumo.

—¿Y le importa que fume yo?

Sí que me importaba y ella se dio cuenta. Encendió el mechero. Al cigarrillo lo rodeaba esa media sonrisa suya. Aspiró profundamente y soltó el humo en medio del aire frío de mi despacho. Entró una corriente por la ventana y sentí un escalofrío aunque llevaba puesto el abrigo. Era el único abrigo que tenía. Miré el dinero. La miré a ella a la cara. Tenía la palabra «problemas» escrita en la frente y yo lo sabía. Y ella sabía que yo lo sabía. Yo no era, precisamente, la persona indicada para rastrear judíos desaparecidos en Londres en el año de Nuestro Señor de 1939. Una vez tuve fe y un destino, pero perdí ambas cosas y seguramente nunca las voy a recuperar. Pero ya solo veía el dinero. Hacía mucho frío e iba a ser un invierno muy duro.

Cuando la mujer judía se fue, Wolf se quedó allí sentado mucho rato, mirando el dinero. El olor de su cigarrillo se había quedado en el aire, fétido y repugnante. No podía soportar el olor del tabaco. Al otro lado de la ventana estaba muy oscuro. El frío se colaba reptando por el alféizar. Abajo se oían los ruidos del mercado que estaba cerrando y las voces de las prostitutas ofreciendo sus servicios en medio de la noche. La panadería de su casero, que estaba en la planta baja, ya había cerrado. Siguió mirando fijamente el dinero.

Finalmente echó atrás la silla, se levantó, cogió el fajo enrollado y se lo metió en el bolsillo. Volvió a colocar la silla, rodeó la mesa y se quedó mirando su despacho. En la acuarela de la pared se veía la torre de una iglesia francesa, un pueblo de fondo y un campo delante pintado con una locura de trazos. Tres árboles oscuros salían entre una maraña de broza delante de la iglesia. En la estantería, un ejemplar dedicado personalmente de *Fuego y sangre*, las memorias de Ernst Jünger sobre la Gran Guerra, compartía espacio con *El Hobbit* de J. R. R. Tolkien, *La caída de la gran raza*, obra cumbre de la teoría racial de Madison Grant, una recopilación de la poesía de Schiller y una colección de las novelas de Agatha Christie.

No había ningún ejemplar del único libro que había publicado Wolf. Se quedó mirándolos. Solo había podido salvar unos pocos de la gran biblioteca que había reunido antes de la Caída. La pérdida de los demás le consumía por dentro. Pero había perdido muchas cosas. Fue al colgador, cogió su sombrero y se lo puso. Su sombra apareció en la pared, como un abrigo sucio. Wolf abrió la puerta y salió.

Berwick Street, el Soho, una fría noche de noviembre. Las luces eléctricas iluminaban el asfalto con un resplandor lúgubre. La sucia librería estaba abierta. Las putas daban vueltas por las calles. Wolf estaba bajo el toldo de la panadería cuando su casero apareció de la nada, como un judío en medio de la noche.

—Herr Edelmann —saludó Wolf.

—Señor Wolf —respondió Edelmann—. Me alegro de que nos hayamos encontrado.

Era un hombre bajito y rechoncho con las manos y la cara tan blancas como la harina. Tenía unos ademanes furtivos.

—¿Qué ocurre, Herr Edelmann? —preguntó Wolf.

—No querría molestarle, señor Wolf —empezó Edelmann, y se limpió las manos en los costados, como si todavía llevara el delantal—. Es por la renta, la verdad.

—¿La renta, *Herr* Edelmann?

—Ha pasado ya la fecha de pago, señor Wolf. —Asintió como si quisiera confirmarle algo a un público invisible—. Sí —insistió—, ya hace días que ha pasado la fecha, señor Wolf.

Wolf se quedó allí plantado y le miró. El panadero cambiaba el peso de un pie al otro.

—Hace frío, ¿eh? —añadió.

Wolf se limitó a observarle en silencio.

—Bueno, odio tener que venir a pedirle que pague, señor Wolf —se atrevió a decir por fin Edelmann—, de verdad que no me gusta, pero así son las cosas, ¿no? Es la naturaleza del mundo.

Todo en él parecía irradiar disculpa, pero a Wolf no le engañaba. Había un destello de acero bajo la vacilante fachada del panadero. Wolf no se dignó a contestar al comentario. Metió la mano en el bolsillo, sacó un fajo de dinero y contó dos billetes de diez chelines. Lo hizo todo sin dejar de mirar a los ojos al panadero. Guardó el resto del dinero en el bolsillo y se quedó con los dos billetes en la mano. El hombre parecía hipnotizado por ellos. Se humedeció los labios, nervioso.

—Señor Wolf... —empezó.

—¿Esto será suficiente, *Herr* Edelmann? —preguntó Wolf.

El hombre no se movió para coger el dinero, esperando que él se lo tendiera.

—La existencia del mal también forma parte de la naturaleza del mundo —añadió Wolf—. Y el dinero no constituye el mal, es la forma en que lo usamos. El dinero es un instrumento, *Herr* Edelmann, es una palanca. —Todavía sostenía los billetes entre los dedos—. Una palanca pequeña

que mueve a la gente pequeña. Pero dame una palanca lo bastante grande y moveré el mundo.

—Muy interesante, señor Wolf —contestó Edelmann. No había dejado de mirar el dinero en ningún momento—. ¿Quiere pagar un mes por adelantado?

Wolf le tendió los billetes. El panadero los cogió y los guardó.

—Necesitaré un recibo —pidió Wolf.

—Le haré uno y se lo pasaré por debajo de la puerta.

—Eso espero —dijo Wolf—. *Guten Abend, Herr Edelmann* —se despidió, tocándose el ala del sombrero muy brevemente.

—Buenas noches tenga usted también, señor Wolf.

Wolf se alejó y el panadero desapareció en la oscuridad, como una sombra. Había habido demasiadas calles oscuras y demasiadas sombras que se perdían en la noche y no las volvías a ver. Wolf pensó en Geli. No había pasado ni un día en que no hubiera pensado en Geli.

Las putas estaban todas por Berwick Street. Se las veía por allí, discretas como sombras, mudas como piedras. Wolf vaciló cuando pasó cerca. Cuando le vieron acercarse, las chicas empezaron a mostrarse más animadas y le recibieron con risas estentóreas. En un pasaje entre dos edificios, una puta gorda estaba en cuclillas, con la espalda apoyada en una pared de ladrillo, cagando. Wolf vio un destello de carne blanca y flácida y la ropa interior por los tobillos.

—Mirar es gratis —dijo alguien que estaba cerca.

Una chica, que no podía tener más de dieciséis años, le miró con una sonrisa. Tenía unos labios rojos en medio de una cara blanca y muy maquillada. Los dientes eran pequeños e irregulares.

—Venga, señor —dijo sugerente—. ¿Un revolcón rapidito?

Hablaba con un acento que él conocía bien y se notaba que el vocabulario lo había aprendido leyendo novelas baratas.

—No te he visto por aquí antes —fue la respuesta de Wolf.

La chica se encogió de hombros.

—¿Y qué?

—Eres austriaca —afirmó Wolf, en alemán.

—¿Y qué? —volvió a responder ella.

En el pasaje, la puta gorda se tiró un pedo bien fuerte y se rio mientras continuaba vaciando el contenido humeante de sus intestinos sobre los fríos adoquines. Wolf le dio la espalda.

—Deberías buscarte otra profesión —le aconsejó a la chica.

—Váyase al infierno, señor.

Bajo las farolas ya había unos cuantos clientes dando vueltas, examinando a las chicas. Dentro de pocas horas seguro que el negocio bullía de actividad. Otra puta se acercó. Era una a la que Wolf conocía: Dominique, una mestiza.

—No le hagas mucho caso —le dijo a la chica nueva—. Es que el señor Wolf es así con nosotras. ¿No es verdad, señor Wolf? —Le sonrió.

Tenía la piel de un suave color marrón, los labios rojos y unos ojos bonitos. La chica nueva miró a Wolf algo insegura. Él conocía la expresión de esos ojos. Estaba intentando ubicarle. Cuando llegó a Londres muchos conocían su nombre; ahora había muy pocos a los que aún les importara.

—*Fräulein* Dominique —saludó educadamente.

—Señor Wolf. —Se volvió hacia su compañera—. El señor Wolf nunca se va con ninguna de nosotras. —Sonrió burlona—. Él solo mira.

La chica austriaca se encogió de hombros. Tenía la mirada vacía. Wolf se preguntó cómo habría llegado hasta Londres, de qué habría escapado. Se lo podía imaginar bastan-

te bien. Él también tenía cicatrices de una huida muy similar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Edith.

Se tocó el ala del sombrero.

—Edith... —saludó.

—Puede follar conmigo por diez chelines —contestó la chica.

—Una puta de diez chelines —intervino Dominique— no sirve para lo que le gusta al señor Wolf.

Wolf no dijo nada. No tenía sentido cuando se trataba de las prostitutas. En Viena, antes de la guerra, las veía en Spittelberggasse, una chica detrás de cada ventana iluminada; algunas jóvenes, otras viejas, algunas sentadas, otras de pie, algunas arreglándose el pelo o fumando. Durante un tiempo pasaba a menudo por delante de esas casas bajas de un solo piso con su amigo Gustl. Las observaba a ellas y a los hombres que iban a solicitar sus servicios y veía cómo se apagaban las luces de las habitaciones cuando llegaban a un acuerdo. Se podía saber cómo iba el negocio por el número de ventanas a oscuras.

La puta gorda (que se llamaba Gerta) había salido del pasaje colocándose la ropa interior. Saludó a Wolf con la mano muy alegremente. Él reprimió un escalofrío de repulsión. La chica joven, Edith, había perdido el interés en él. Un par de hombres que había al otro lado de la calle la miraban con atención, como tratantes de ganado examinando una vaca. La llamaron y ella desapareció entre las sombras. De repente la mestiza Dominique se acercó a él, mucho. Era más alta que Wolf. Sus labios estaban junto a su oreja. Notaba su aliento cálido sobre su piel.

—Sé lo que usted quiere —dijo—. Y puedo dárselo.

Había una cierta fuerza en ella; él temía y deseaba lo que ella había notado en él. Bajó la mano, le agarró la entrepierna y se la apretó dolorosamente.

—Sí... —murmuró Dominique—. Ya lo sé. Y seguro que iba a disfrutar haciéndoselo.

Durante un momento Wolf se quedó petrificado; ella le había atrapado en la red de su lujuria, eso que los judíos llamaban «la inclinación al mal», la *yetzer hará*. Pero él era más fuerte que ella; más fuerte que eso. Le apartó la mano.

—Le agradecería que no volviera a tocarme —advirtió.

Dominique le miró de arriba abajo. Sonrió y después se fue también, desapareció en la noche. Wolf siguió su camino.

Diario de Wolf. 1 de noviembre de 1939 (continuación)

Por la noche cierra el mercado de la fruta y la verdura y al otro lado de la ventana de mi despacho surge un mercado muy diferente. Putas. ¡Cómo odiaba a las putas! Sus cuerpos estaban infestados de sífilis y otras enfermedades propias de su negocio. Y la enfermedad no era más que un síntoma. Su causa era la manera en la que estaban prostituyendo el amor.

No sentí lástima por la chica joven, Edith. No. Lo que sentí fue una furia fría, el tipo de furia que, cuando ardía con fuerza, inflamaba mi oratoria. Ver a una chica germana prostituyéndose así, en tierra extranjera, era para mí un recordatorio de mi fracaso, de la forma en que habían prostituido mi país. Una vez Alemania sangró como un soldado; ahora sangraba como una puta. Era una muerte lenta; era morir de amor. Dejé atrás a las chicas. Allí, en medio de la noche, sentí que había unos ojos ocultos que me observaban; pero siempre había ojos observando en la noche. Un misterio no es algo que hace alguien y nadie ve, sino algo de lo que ningún testigo quiere hablar.

Sabía lo que temía Isabella Rubinstein. Crucé Walker's Court en dirección a Rupert Street, dejé atrás el *pub* White Horse y el cine Windmill, y llegué a Shaftesbury Avenue. La zona de los teatros. Las luces eran más fuertes allí y el público paseaba entre los carteristas y las mujeres de moral distraída. En el Apollo Theatre, en